

DOMINGO XXVIII, TIEMPO ORDINARIO, CICLO A

CONVIDADOS AL BANQUETE DE BODA

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Isaías 25, 6-10a; Filipenses 4, 12-14.19-20; Mateo 22, 1-14



1. Poco a poco, y con ilusión renovada, vamos introduciéndonos en el nuevo curso pastoral. El amor a Cristo y a su Iglesia ha de impulsarnos a recibir en nuestra propia vida la salvación que Cristo nos trajo y a llevarla a otros hermanos nuestros, que nos necesitan y que, a veces incluso sin darse cuenta, nos lo están pidiendo.

El bautizado, hombre o mujer, es posesión de Cristo por el carácter sacramental, y está llamado, como dice el Vaticano II, a la plenitud de la vida cristiana, es decir, a ser santo y a ser apóstol de Cristo, a quien pertenece. De manera semejante a como en los centros docentes y en la pastoral se están empezando a desarrollar estos días tantas programaciones e intentando alcanzar los objetivos marcados para el presente curso, así también cada uno de nosotros hemos de marcarnos unos objetivos, que nos ayuden a crecer en santidad personal y en espíritu apostólico.

2. Isaías profeta, del que es la primera lectura proclamada, habla en su visión de la situación lamentable, en la que se encontraba la humanidad antes de venir el Mesías-Salvador, prometido por el propio Dios en el paraíso terrenal. Signos de esa mala situación son lo que el profeta llama *velo, lágrimas, muerte, oprobio*, en definitiva, idolatría. Isaías, sin embargo, no se queda en una mera referencia a los males que vinieron con consecuencia de la caída del hombre. Anuncia -y esto es lo verdaderamente importante- que el Señor de los ejércitos preparará, en la plenitud de los tiempos, *un festín de manjares succulentos, un festín de vino de solera, manjares enjundiosos, vinos generosos*.

Con esas imágenes, Isaías describe la salvación de todos los pueblos. Será una salvación universal, y no sólo para el pueblo judío. Además de esos bienes abundantes, dones recibidos de Dios con la salvación, el Señor, que por amor creó al hombre y que siguió y sigue amándole después de la caída en el pecado, eliminará las consecuencias de todo pecado al traer al mundo la salvación: *aniquilará la muerte para siempre, enjugará las lágrimas de todos los rostros y el oprobio (la idolatría) de su pueblo lo alejará de todo el país*.

3. Si Isaías emplea la imagen del *festín*, es Cristo mismo el que, para explicar la historia de la salvación, usa la imagen de la *boda y del banquete*. En la parábola del evangelio de hoy, el Rey que invita a la boda de su hijo es Dios, y el esposo de esa boda es Cristo, su propio Hijo. Invitó, en primer lugar, al pueblo de

Israel, estableciendo con él el gran pacto de la Alianza, pero cuando vino el esposo, el Mesías anunciado por los profetas, vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron, nos dice San Juan en el prólogo de su evangelio.

El esposo, el Mesías, sin embargo, vino e invitó también al banquete de su Reino a todos los pueblos gentiles, para llegar a ser hijos de Dios, y ¡lo somos!, exclama San Juan en su primera carta. La salvación que venía a traer, y que trajo, era para todos los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares. Pero, para pertenecer al Reino de Cristo y alcanzar en él la salvación, es condición imprescindible llevar el *vestido de fiesta*.

4. Con la vida, pasión, muerte y resurrección de Cristo, el género humano quedó salvado, abriéndose las puertas del cielo, para que el que beba de las fuentes de la salvación pueda entrar y vivir con Dios para siempre, siendo feliz eternamente, al verle cara a cara, tal cual es. La deuda debida por los pecados del mundo fue saldada, a precio de la sangre de Cristo. Jesucristo trajo la salud, nos liberó de la esclavitud del pecado, pagando por esta liberación con su propia sangre. Desde entonces se puede participar en el eterno banquete de bodas de la salvación, en el cielo, pero hay que querer entrar libremente, porque nadie será obligado a entrar. Sólo el que lo quiera responsablemente alcanzará la meta de la salvación eterna, la única verdaderamente importante.

Ese querer entrar de verdad en el banquete del Reino exige llevar el *vestido de fiesta*, o lo que es lo mismo, llevar el alma *vestida* de la gracia santificante. Aquellos que viven en gracia santificante, es decir, no tienen pecados mortales, están unidos a Cristo y la Santísima Trinidad mora en su alma. Jesús nos lo enseñó con suma claridad: *al que guarda mis mandamientos, mi Padre le amará y vendremos a él y en él haremos morada*. Quien, al morir, en él habite el Dios Uno y Trino, vivirá con Dios para siempre en el cielo. Hay que no olvidar nunca, sin embargo, que no se puede vivir en gracia santificante sin beber frecuentemente en las fuentes principales de la salvación, que son los sacramentos. Es preciso igualmente el esfuerzo personal permanente para rechazar las tentaciones, acomodando la propia vida a las enseñanzas del esposo, Cristo. A eso hay que añadir la práctica habitual de la oración personal y/o comunitaria. *vigilad y orad para no caer en la tentación*, nos dijo el Señor. Por otra parte, para mantener el vestido de la gracia santificante, o recuperarlo si se hubiese perdido, es de capital importancia la práctica de la confesión frecuente. El Papa Pío XII la recomendaba con estas palabras: *recomendamos encarecidamente la práctica frecuente de la confesión, también de las faltas veniales*.

5. Que la Virgen, Madre del Salvador y de la divina gracia, nos conduzca hasta el banquete del cielo.